



DESPUÉS DEL SILENCIO

1976

JOSÉ FRANCISCO
CID VARELA

DESPUÉS DEL SILENCIO
1976



Primera edición: octubre 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Francisco Cid Varela

ISBN: 978-84-18958-22-9

ISBN digital: 978-84-18958-23-6

Depósito legal: M-28044-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para los culpables: mi familia, los que siempre están cerca
y Ednardo Vilas (Hotel Kafka)*

CAPÍTULO I

BILLAR

Madrid, 20 de noviembre de 1976

«Las incubadoras pueden producir sordera»
(El País)

¿Qué jugador de billar no ha arruinado una partida con una pifia? Solo los grandes eran los que no la pifiaban, los que ganaban las partidas de una sola tacada. Yo nunca llegué a ser un grande, ni si quiera uno mediano, era un chico de barrio que sabía manejar el taco y que ganaba alguna partida. Los billares fueron mi incubadora, en ellos me sentía seguro, no sé por qué, pero me daba la sensación de que allí nada malo me podría ocurrir. Pero en la calle era distinto, sabía resolver las carambolas sencillas, pero en las tiradas en que me jugaba la partida la vida me hacía retruque y la bola se volvía contra mí con la misma fuerza que la impulsaba.

Y es que entrar en los recreativos para mí era como pasar a una cuarta dimensión. Al ver los tapetes verdes,

sin saberlo, empezaba a moverme como Paul Newman. Todos los individuos cambiábamos los gestos al entrar, tomábamos un caminar de más hombre. Sí mi hermano, Ernesto, que ya de natural tenía los andares altaneros, cuando se movía entre las mesas parecía un delincuente.

Estábamos en el sábado de la tercera semana de noviembre, debía de quedar poco para las siete de la tarde, y los ceniceros de las mesas de billar de los futbolines y de las máquinas Flipper, humeaban como solo lo hacían en aquellos sábados por la tarde. Ernesto y yo jugábamos una partida de billar francés.

—Venga, metemos las bolas en el reloj y cerramos — dije recogiendo las bolas

—Espérate hombre, echamos otra... paga la fábrica —respondió Ernesto, haciéndome un guiño. Él contaba con que yo era un universitario pelado de dinero.

Ernesto era mi hermano mayor, y yo era cuatro años menor que él, su hermano pequeño, el empollón.

Yo llevaba apenas un mes y medio en la Facultad de Económicas en la Universidad Autónoma de Madrid, había conseguido una beca. Continuaba en la etapa de adaptación, todavía me encontraba desamparado en los espacios de la universidad, mantenía el síndrome de chico de colegio. No sabía cómo sería en las otras aulas, pero en la mía debía de haber más de ochenta personas. No había mesas, solo sillas con una pequeña tabla donde se apoyaban los papeles. La pizarra era cinco veces mayor que la de mi clase de C.O.U. Los edificios eran como catedrales, los techos muy altos, las grandes cristalerías de-

jaban pasar un torrente de luz fría que se reflejaba en las paredes blancas. Los pasillos centrales podían soportar un caudal de cientos de alumnos. Cuando caminaba por ellos, en soledad, imaginaba pasear por un columbario descomunal. Así que, empecé a recordar las entrañables aulas de mi antiguo colegio como pequeñas habitaciones de un pisito de protección oficial.

—¿Y en tu clase hay tías buenas? —preguntó Ernesto.

—La verdad es que no hay muchas tías, pero si hay alguna buena. Aunque dicen que las tías buenas están en la Facultad de Derecho.

—Si es que eres muy tonto... ¿Qué puta carrera has elegido? ¿No te puedes cambiar a derecho?

—Vete a la playa, Ernesto.

En mi facultad, el número de hombres ganaba al de las mujeres en una proporción de cuatro a uno, o quizá de cinco a uno. Con el despiste general con el que andábamos por las aulas, los grupos de alumnos aún estaban en periodo de formación. Los alumnos se iban estableciendo, poco a poco por afinidades regionales, académicas, o de barrio, salvo uno, que ya estaba definido desde el primer día y en la primera hora, que nació por generación espontánea, un Big Bang de amistad. Yo los denominaba «Los muchachos del Lacoste». Jóvenes de pantalón Levis y zapato Castellano. Eran tan alegres y extrovertidos, y actuaban tan desenvueltos, que podrían dar la sensación de que la universidad ya era su segunda casa. Debían de conocerse de los colegios privados o del barrio de Salamanca o del Club de Campo de Madrid. De todos ellos,

había una chica rubia, muy guapa, que me pareció algo distinta al resto.

—De todas formas, Mateo, las pijas siempre han estado muy buenas —dijo Ernesto con un tono de hombre experimentado.

—Hay una que es especialmente guapa.

—Guapa... guapa... vamos que te gusta.

—Que bobo eres, qué pasa, ¿qué no te fías de mi gusto?

—No —me respondió seco y comenzó a reírse.

—A saber las que te gustan a ti... las «macarruzas» de la discoteca.

—Chaval, tú no sabes con quién estás hablando.

Al terminar la partida Ernesto se empeñó en invitarme a tomar un «mini» de cerveza en el Parador de la Moncloa. Yo simulé que me resistía, pero estaba deseando. Hicimos la performance de siempre: el hacía el papel de hermano mayor con empleo y yo el del estudiante abrazo a la miseria que no quería abusar.

Salimos de los billares. Desde la calle Luisa Fernanda desembocamos en la calle de la Princesa. El movimiento de gente y de coches no era el habitual para un sábado cualquiera. Una multitud de autos subían y bajaban ocupando todo el asfalto, una procesión lenta que atronaba con las bocinas como si no hubiera mañana. Salvo los conductores, el resto de los ocupantes de los vehículos iban sentados sobre las ventanillas, asomando la mitad del cuerpo, enfrentando al viento todo tipo de banderas, como un desfile de una milicia motorizada que había tomado la ciudad después de haber estado años en la lucha,

guerrilleros con ropa de marca. Mostraban trapos de todos los colores, unos conocidos: la enseña nacional y la de la Falange, y otros que no habíamos visto en nuestra vida, que tenían el aspecto y los colores de gallardetes medievales. Por la acera también discurría una romería de niños, unos con abrigos Loden y otros con gabardinas, con los brazos adornados con brazaletes de la bandera de España. Iban de un lado para otro empapados de una algarabía nacional que les llenaba de osadía, apretando el paso a más de un peatón. Saludaban levantando el brazo, a la romana, con insistencia y por cualquier motivo. Todos estaban imbuidos en un paroxismo patriótico.

No pensamos que el homenaje que se había celebrado por la mañana en la plaza de Oriente, para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Franco, iba a seguir con aquella fiesta por la tarde. Ernesto y yo subíamos la calle pegados a los edificios. Sin darnos cuenta habíamos acabado en zona nacional.

—¿Todavía estamos celebrando el gol de Marcelino?
—dijo con sorna Ernesto.

—Eres muy tonto. Cállate y tira.

A la altura de la Iglesia del Buen Suceso, un grupo de chicas, serían unas cinco o seis, se pararon delante de nosotros y nos hicieron el saludo con el brazo en alto. Nosotros sonreímos y saludamos con un leve movimiento de cabeza.

—¿Es que no vais a saludar? —dijo una rubia, una de las más altas, que no nos dejaba pasar.

—Ya os hemos saludado. Si queréis... nosotros vamos para el Parador —respondió Ernesto con picardía.

—Venga Ernesto, vámonos —le dije.

—¡Arriba España! —gritó levantando el brazo muy cerca de la cara de Ernesto.

—Anda, venga, no seas payasa —contestó Ernesto, apartándola para seguir nuestro camino.

—Lo dejamos aquí, que no queremos líos —le dije a la rubia.

—¿Qué pasa, que sois un poquito rojos? —preguntó con maldad.

—Ni rojos, ni blancos. Que te quites de en medio —dijo Ernesto.

La Rubia cada vez que nos movíamos para irnos, daba un par de pasos y nos volvía a parar. Yo le decía a mi hermano que nos diésemos la vuelta, pero él se empeñaba en que cuatro niñas no le iban a decir por donde tenía que ir. Y empezó a venir público. La rubia alta se dio la vuelta y le dijo a otra que llamara a un tal Borja. El nombre de Borja empezó a saltar de boca en boca. Le di un tirón del brazo a Ernesto, había que escapar; pero él no movió ni un pie. Al poco aparecieron un grupo de fachas con sus lódenes reglamentarios y preguntando qué cojones pasaba. El tal Borja era un tipo grande, con gafas de sol de aviador, pelo moreno, cortado como un infante de marina, quería parecer un hombre duro. Se hicieron un hueco entre el grupo de las chicas y nosotros dos. La rubia explicaba por encima de los hombros de ellos todo lo que había sucedido con pelos y señales, menos mal que lo de llamarla «payasa» lo dejó pasar por alto.

—Ahora vais a cantar el Cara al Sol —dijo el de las gafas de aviador.

—Mi madre siempre me dice que canto muy mal —respondió Ernesto.

Me acordé de la madre de Ernesto, de la mía, que era la misma, y de toda su familia, que también compartía. No sé si mi hermano tenía claro que había firmado nuestra sentencia de muerte, pero yo lo veía nítido, nos iban a matar a hostias. Las piernas empezaron a no soportar el peso del cuerpo y comencé a oír pitidos en los oídos.

El tal Borja le dio un empujón a Ernesto, él aguantó el empujón sin mover casi los pies. Yo agradecí que se estuviese quieto, aunque su mirada era agresiva. Pero con la pasividad no obtuvimos el perdón, porque empezaron a rodearnos, uno que llevaba el pelo con brillantina, como un cantante de tangos, saco un objeto parecido a una porra, pero más corto. Ernesto me agarró y pegamos las espaldas a la pared. Mis ojos iban de un lado a otro, sin control. Creo que fue Borja el que lanzó el primer puñetazo que anunciaba la lluvia de hostias que nos iba a caer. Y la violenta tormenta comenzó con una granizada de golpes indeterminados. Los dos, como dos boxeadores, parapetados en nuestro rincón nos cubrimos con los brazos, cerramos la guardia, nos encogimos, protegiéndonos con los brazos la cabeza y el torso. Hubo un momento en que no supe distinguir cuál de ellos lanzaba cada puñetazo. Notaba un frío extraño en mi cuerpo, como si no tuviese sangre. Dejé de oír los insultos, solo percibía el sonido de los golpes sordos al impactar en mi cazadora. Me dio la

sensación de que a Ernesto le pegaban más que a mí, él sacaba de vez en cuando una mano por si llegaba a alguno. El cantante de tangos, en un descuido de décimas de segundo, logro alcanzar con la porra mi costado derecho, noté un golpe seco, como si la tranca fuera una barra de hierro maciza, me dejó casi sin respiración. A Ernesto de una patada le tiraron al suelo, como puede le metí entre mis piernas para evitar que le patearan la cabeza.

Yo no podía ver nada, ni quería, solo me obsesionaba con proteger mi cabeza, aunque me estaba entrando ganas de tumbarme en el suelo y dejar que pasase lo que tuviese que pasar. Pero empecé a oír voces a los lejos: dejarlos ya... no abuséis... vamos a llamar a la policía...

—No os da vergüenza, con todos los que sois... pegando a estos dos muchachos —esa voz la sentí cerca de mí.

—Son unos rojos de mierda señora —dijo uno.

—Ni rojos, ni azules, que no hay derecho hombre, la paliza que estáis dando a estas criaturas.

—Váyase de aquí señora, a ver si la va a caer alguna —dijo uno del grupo.

—Ellos serán lo que sean, pero vosotros sois unos cobardes.

—Señora, al final se va a llevar usted una galleta —insistió la misma voz.

—Venga vámonos —era la voz de Borja.

Los golpes cesaron, yo abrí los brazos lentamente, no las tenía todas conmigo, y lo primero que vi fue a nuestro ángel de la guarda. Una anciana menuda, vestida con un abrigo viejo con el cuello de piel de conejo, que per-

manecía erguida de dignidad marcando nuestra zona de seguridad con un usado bastón, como una estatua regia.

Ayudé a Ernesto a levantarse del suelo. Le costó bastante, se quejaba de un golpe en la cara, estaba dolorido y asustado. A mí el costado me chillaba y noté una ceja inflamada.

—Venga chicos. Iros de aquí —dijo la anciana, mientras nos señalaba con el bastón la bocacalle que teníamos a nuestra espalda.

Ya se iban todos, pero la rubia regresó con paso rápido y cuando estuvo a mi lado gritó:

—¡Franco presente! —y me dio un rodillazo.

—Que hija de puta que eres... rubia —dijo Ernesto, como si fuera un resuello, sin que tuviera la intención de que ella lo escuchara.

Los dos nos fuimos andando despacio, mirando al suelo, como dos soldados de un ejército derrotado, que buscaban la línea de retaguardia exhaustos y hambrientos, y aun con el miedo de que alguna bala perdida los alcanzase por la espalda.

CAPÍTULO II

CHAPANDAZ

Madrid, 20 de noviembre de 1976

«Impedida una intoxicación masiva por
jamones podridos»
(Diario 16)

Bajábamos por la calle del Buen Suceso renqueantes como Quijano y Sancho después del manteo acontecido en la venta. Una banda de arrieros, labriegos e incluso una mesonera rubia nos habían dado hasta en el cielo del paladar. Y todo esto sin que fuéramos a buscar gigantes para librar una batalla sin par, ni querer gobiernos de ínsulas, ni perseguir villanos para satisfacer el honor de alguna doncella. Simplemente fue el azar, el cabalgar por la llanura manchega que de nuevo estaba en toque de arrebato, dispuesta a quemar herejes y a someter a campesinos levantiscos. Era nuestra historia circular.

En esos momentos la venganza no tenía hueco en mi cuerpo dolorido. Aunque mal parado, había salido entero y eso me hacía sentirme en alguna medida afortunado, podría haber sido peor. Pero Ernesto bullía de indignación, no paraba de echar juramentos. Como si hablara en sueños farfullaba nombres: El Napias, Julito, El Negro, Juandi... estaba formando, con sus colegas de máxima confianza, algo parecido a un comando de élite con el que poner al tal Borja en su sitio. Yo no iba a buscar a nadie, a partir de ese momento mi única obsesión era no volver a tropezarme con ellos. A partir de ese día, para mí, aquellos brazaletes con la bandera de España iban a ser una señal de alarma.

Al llegar al Paseo de Rosales mi hermano se paró y me frenó sujetándome del brazo. Hizo un silencio de unos segundos, salió de sus ensoñaciones de vendetta y me dijo:

—A mí estos no me van a joder el sábado. Vámonos para el Chapandaz.

—Pero si no puedo con mi alma.

—Pues verás mañana cuando te levantes —dijo y empezó a reírse

—Anda, Vámonos para el barrio.

Era muy cabezón, me puso el brazo sobre el hombro y giró mi cuerpo con suavidad para ponerlo en dirección al Chapandaz, yo me deje llevar.

El local era un cuchitril y en la barra no quedaba hueco por donde asomarse, así que pedimos por encima de las cabezas de los clientes y nos sacamos un mini de cerveza

a la calle. El frío de la noche me mordía en el costado dolorido, Ernesto iba a tener razón, mañana iba a estar peor. Aguantaba a la intemperie por no oír a mi hermano, yo solo pensaba en tumbarme en la cama.

Ernesto no paraba de hablar, la rabia que todavía tenía en el cuerpo le mantenía hiperactivo. Yo ya estaba llegando al límite de mis fuerzas cuando vi llegar al bar a la rubia de la facultad con un grupo de amigos. Le dije a Ernesto que mirara con disimulo, la chica de la cazadora vaquera azul y pantalón rojo era la rubia de clase. Él la vio guapa, y le extraño que su hermano pequeño tuviera tan buen ojo para las mujeres. E inmediatamente me arrepentí de haberle comentado nada, Ernesto tomó fijación con la chica. Comenzó a hablar y a señalar, a señalar y a hablar o a hacer gestos con la cabeza en su dirección. A mí me daban ganas de meterme debajo de un coche. Cuando se ponía vacilón no tenía límites, sus codazos me tenían machacado, cada cosa que decía la acompañaba con un golpe. La compañera miraba de vez en cuando, yo temía que se estuviera dando cuenta de todo. Como no se iba a dar cuenta, si el payaso de mi hermano no paraba de llamar la atención.

Me sorprendió el grupo con él que la chica rubia pasaba la tarde de los sábados. No la imaginaba, primero, en un bar como el Chapandaz y, segundo, que estuviese con unos tipos que no tenían pinta de niños bien, al estilo los «Chicos del Lacoste», estos tenían un aspecto «progre», tipos barbudos, con bufandas largas, incluso uno de ellos llevaba al cuello un pañuelo palestino.

Hubo un instante, en que los ojos de Ernesto y los de la compañera se cruzaron, y el tonto de mi hermano no lo dudó, levantó la mano como si la conociera. Ahí fui yo el que le metí un empujón que le hizo daño. ¿Cómo podía estar tan tarado?, me entraron ganas de convertirme en un Borja de la vida. ¿Qué iba a pensar?, ella solo vería a dos macarras, que bebían cerveza en la calle, y que no la quitaban el ojo de encima. A final, íbamos a irnos a casa con dos palizas, el que llevaba el pañuelo palestino me sacaba dos cabezas.

La compañera vio el saludo, se quedó con la mirada fija en nosotros, yo pensé: hasta aquí hemos llegado... pero, ella nos sonrió y se vino hacia nosotros, sola.

De lejos ya me había parecido guapa, pero de cerca se salía de la tabla. Me preguntó qué si yo estaba en su clase, mi cara le sonaba de la facultad. A mí se me hincho el pecho, éramos ciento y pico alumnos los que llenábamos el aula.

—Me llamo Gloria —Se presentó dándonos un beso a cada uno.

«¡Qué nombre tan ajustado!» pensé. Gloria... gloria... gloria al Señor, Dios del Universo... llenos están, el cielo y la tierra de tu gloria. Me pareció un nombre celestial, un ángel suspendido en el cielo, en la lejanía, en la frontera de lo imposible.

Y... empezamos a conversar. Ella me dijo que me conocía de verme en las sillas del pasillo, (era normal, eran las últimas que se ocupaban). Gloria me contó que a ella le guardaba la silla su amiga madrugadora, Elena, (de

momento, yo era un ente independiente). Ella todavía no estaba centrada, el salto desde el colegio a la universidad era muy fuerte, (a mí me pasaba lo mismo). Odiaba ir en autobús, se le hacía muy largo el viaje, (igual que a mí). Ella no soportaba al profesor de Teoría del Estado, (yo tampoco).

La charla empezó a languidecer, los silencios incómodos empezaron a aparecer entre profesor y profesor, y yo empecé a temer que aquella conversación se acabara, pensaba en temas, en anécdotas, en situaciones que pudieran interesarle, pero no sabía cuál elegir, todas me resultaban ridículas, estaba bloqueado... pero entonces apareció Ernesto para realizar el quite: «¿No habéis encontrado a los fachas por la calle Princesa?», salvó la escena con un Deus Ex Machina clásico, me sentí un poco inútil: como no se me había ocurrido a mí. Ella respondió que no habían pasado por allí porque se imaginaban lo que había. Entonces le contó lo que nos había pasado.

—¡Eh! Venir un momento, que a estos les han pegado los fachas —dijo Gloria llamando la atención de los amigos.

No hubo fisuras en el grupo, todos acudieron a nuestro lado al unísono, la palabra «facha» los atrajo como un canto de sirena. Ernesto se vino arriba al recibir sobre sí tantas miradas atentas. Creo que hasta entonces nunca había escuchado una crónica también construida como la que a continuación narró. Con un exquisito orden narrativo y usando las hipérboles necesarias, graduando la intensidad de los momentos para mantener constante la

atención del público. No dejó en el olvido ningún antecedente, ni causante ni ninguna de las consecuencias de aquel desgraciado suceso. Los espectadores empatizaron tanto con la trama, como con los personajes, tanto, que el del pañuelo Palestino nos propuso ir a buscar al tal Borja y a la Rubia. Yo tuve que intervenir en ese momento: para terminar el día yo ya había tenido bastante.

—¿Y tú cómo estás? —me preguntó Gloria señalando la ceja que tenía inflamada.

¡Se había preocupado por mí! En ese instante me hubiese gustado responderle que a su lado no había dolor en el mundo, pero hasta a mí me pareció cursi.

—Tengo un golpe en el costado, pero podía haber sido peor.

—Y como no os fuisteis de allí.

—Joder, es que esas cosas te tocan los cojones. No soporto que me apabullen cuatro niños repelinados, claro que más de uno se ha ido calentito, esta noche cuando se miren al espejo se van a acordar de mí.

—Hubiera sido mejor que salir por patas, ¿no?

—No sé, igual sí, pero es que con los chulos no puedo.

Todas las preguntas las envolvía en una sonrisa, y como podía yo evitar mezclar verdad con verosimilitud, si esos ojos verdes, que me miraban, me impedían diferenciar la una de la otra. Me sentía como Leónidas contando a la princesa de Atenas su primer embate con Jerjes.

Por fin estaba disfrutando de la conversación cuando sus amigos la hicieron una señal para que acabase de hablar porque se iban.

—Bueno Mateo, nos vemos por la «facu» —se despidió.

La vi cómo se alejaba subiendo la cuesta, su cazadora azul, su pantalón rojo y su pelo rubio. Me dio un acceso de tristeza. Me hubiese gustado estar hablando más tiempo, «pero bueno, tengo todo el año», pensé. El costado volvió a decirme que estaba molesto, así que le dije a Ernesto que nos fuésemos para casa.

CAPÍTULO III

CARAMBOLA

Madrid, 22 de noviembre de 1976

«Niña sonámbula, electrocutada»
(Diario 16)

El profesor de Macroeconomía era el David Bowie del curso, en cada concierto: aforo completo. Tocaba a última hora y como nadie quería perderselo no quedaba una silla libre desde la primera clase. Ese día madrugué más de lo habitual, quería reservar un asiento para Gloria. Ya no era un simple compañero de clase, ella había pronunciado mi nombre: Mateo. Así que pensé que podíamos sentarnos juntos.

Los sitios libres empezaron a escasear, la clase iba a empezar y Gloria se retrasaba. Una compañera con gafas, enorme como una escultural de Rafael se colocó de pie a mi lado y se autonombró aspirante reserva de la silla vacía que guardaba. Con la carpeta entre los brazos, de-

jaba caer sus dioptrías sobre mi cuello y emitía un carraspeo pautado. Cada minuto que pasaba me costaba más mantener mis posiciones. Gloria entró justo detrás del profesor de matemáticas financieras. Alguien comenzó a nombrarla desde las primeras filas. Una compañera agitaba los brazos para llamar la atención, supuse que era la tal Elena. Gloria pasó a mi lado sin verme, sin saber que allí había un sitio para ella. Observe como se saludaban todos los de su fila. El ruido que produjeron las sillas para dejarla pasar me dolió. Recogí mi carpeta del asiento y el atlante con dioptrías se sentó a mi lado emitiendo un leve bufido.

En esa mañana, en la soledad del aula vacía, contaba con que mi plan iba a llegar a buen fin, «Mateo eres patético», pensé. Y patéticos fueron quedando los apuntes que tomaba. Se llenaron de tachones y flechas que relacionaban párrafos inconexos. No estaba yo para sistemas de amortización de préstamos. Cuotas fijas o variables, intereses simples o compuestos. ¿Cómo alguien se podía comprometer a realizar un pago mensual durante treinta años de su vida? No hay nada que dure treinta años, ni el amor, ni el odio, ni el gusto por los caracoles, ni siquiera tu vida podría durar treinta años. Y si mueres tus familiares solo te recordaran por los miles de euros que dejaste a deber al banco. Es posible que hasta lo inmortalicen en tu epitafio: «murió con doscientas treinta y cinco cuotas pendientes, tu mujer y tus hijos no te olvidan».

Terminó la clase y guardé los apuntes. Ya sacaría algo de provecho del sistema francés y del alemán con un

poco más de tiempo y ánimo. Gloria se puso de pie y yo hice lo mismo, en un intento de hacerme visible. Yo no la perdía de vista ni un solo momento, buscando lo que al final ocurrió, que nuestras miradas se cruzaron. Yo hice por salir hacia el pasillo para hablar con ella, pero como ella no se movió de su sitio, disimulé como si hubiese dado traspies y me quedé donde estaba, tragando saliva. Me saludó con la cabeza. Con un gesto, señalándose su costado, me preguntó por el golpe del sábado. «Sí que se acuerda del sábado», pensé. Forcé una sonrisa tan grande como la del payaso tonto y le hice un gesto con la mano indicándole que todavía me dolía. Ella impostó en su rostro la cara triste de un mimo... y hasta ahí llegó todo. Se puso a hablar con la compañera de al lado y dejó de mirarme. Yo me quedé de pie como una estatua, que lo único que podía esperar de la vida es que le cagaran las palomas. De nuevo estaba en la casilla de salida.

No levanté el trasero de mi silla durante toda la mañana, me sentía transparente, como un ser ectoplásmico del que nadie percibe su presencia. El profesor de Macroeconomía llegó con un montón de folios bajo el brazo. «Lo único que me falta es un examen sorpresa», pensé. Porque ese hombre aparte de ser un excelente profesor también tenía su punto excéntrico y podría sacarse de la chistera cualquier malabarismo docente. Y en efecto, algo se le había ocurrido. Nos repartió a cada alumno un folio con los grupos que se debían coordinar para realizar un trabajo: «las consecuencias de la crisis del petróleo de 1973 sobre la evolución de los precios en el mercado de

los bienes de equipo». Los grupos iban por orden alfabético y el primero de cada grupo debía de encargarse de poner en contacto al resto de los integrantes.

Busqué mi nombre en la lista, éramos cinco en mi grupo y la primera alumna era una tal Gloria Méndez. Cuando lo leí, la pierna derecha me empezó a temblar como si tecleará un telegrama con el pie. «¿Será la Gloria del sábado?», pensé.

En la clase se hizo el silencio mientras el profesor escribía en la pizarra: «El control del mercado y los monopolios invisibles. Adam Smith guardó su mano invisible en el bolsillo». El profesor abrió un debate sobre si los precios de los mercados se autorregulan con el juego de la oferta y la demanda. Con aquellos acertijos clásicos nos mantenía atentos, nos hacía sentir que estábamos en el jardín de Epicuro o en una clase de Juan de Mairena. Yo estaba seguro de que él podría hablar durante una hora sobre la vida y el desarrollo emocional de los cantos de río, y todos estaríamos escuchándole con la boca abierta. Pero aquella hora y media de clase se me hizo más larga que una tormenta sin paraguas. «Ya podía haber dado la lista al final de clase». Cada vez que miraba al reloj, el reloj se reía.

El profesor se encaminó por el pasillo para salir del aula y algunos jefes de grupo empezaron a dar nombres en voz alta, pero entre los charlatanes de siempre y los que en esa ocasión se estrenaron, no se oía nada. Alguien inteligente sugirió que se subieran en las sillas y empezaran de nuevo. Gloria no se subía a la silla, seguía hablan-

do con su compañera. «Igual la Gloria que yo conozco no es la Gloria de mi grupo». Mi nombre seguía sin salir y yo esperaba que no saliera, como el detenido que está en la fila de una saca de condenados a muerte.

Los grupos se fueron formando, cada vez quedábamos menos aspirantes, pero Gloria seguía hablando. Y me planteé otra posibilidad: que la Gloria de mi grupo estuviera ausente.

Por fin, Gloria se subió a la silla... dejé mi carpeta en el asiento y salí al pasillo trastabillado, tropecé con la pata de una silla. En ese instante debí anular la actividad de todos mis sentidos salvo uno: el oído. Parecía que iba a empezar a leer, pero se acercó un compañero para decirle algo. Me vinieron a la cabeza cientos de insultos. «Este payaso no tendrá otro momento».

Cuando puso sus ojos de nuevo en la lista mi esperanza se estaba vistiendo de domingo, quedábamos pocos por nombrar y yo tenía que estar en su grupo, pero, aun así, tenía que oírlo. Cuando me nombró, levanté el brazo con tal entusiasmo que recibí un mordisco de dolor en mi costado. Me quedó la duda, si de nuevo, me habría mostrado un poco patético. Y así debió de verlo ella, me miró y no hubo ningún gesto de complicidad, no digo de alegría, que eso ya hubiera sido un plato de arroz con leche. Continuó leyendo como una funcionaria.

Gloria llevaba cara de pocos amigos, a mí no me dio ningún trato especial respecto a los otros del grupo. Creo que lo de hacer un trabajo no le provocaba un entusiasmo desmedido. Nos condujo por los pasillos de la facul-

tad hasta llegar a la cafetería, en el recorrido se distanció cuatro o cinco pasos del resto, como una guía turística con un grupo de japoneses. Solo eché en falta que llevara un paraguas de colores.

Nos sentamos en la cafetería entorno a una mesa, que por azar o por el destino natural de las personas, Gloria presidió. Nos mirábamos unos a otros y nadie se decidía a dar alguna idea, el silencio nos incomodaba. Hubo un momento que Gloria dijo: «¿Qué... cómo vamos a organizar esto?, parece que estamos en una partida de tute». Uno de los compañeros, que por el acento supuse que era de Murcia, propuso que dividiésemos el trabajo en epígrafes, y así repartir la tarea de forma individual. A nadie le pareció mal y solo quedaba por ver cómo lográbamos obtener los libros de la bibliografía. El murciano preguntó si alguno que fuera de Madrid no tenía cerca de su casa alguna biblioteca. Sin mucho entusiasmo Gloria se prestó a la tarea, pero puso la siguiente condición: «Alguno de vosotros tendrá que venir conmigo, no pienso comerme la bibliografía yo sola. La biblioteca está en la calle Quintana, cerca de la calle de la Princesa». Aunque hubiese vivido en San Sebastián de los Reyes me hubiese presentado voluntario. «A mí, no me importa ir», dije, con una seguridad que me sorprendió hasta a mí, y con la esperanza de que ningún membrillo del grupo quisiera añadirse. Después de mi oferta, solo deseaba silencio, el mismo silencio que en una subasta precede a: a la de una, a la de dos y a la de tres... adjudicado al joven del jersey azul.

El golpe del mazo sonó, había ganado la subasta, nadie más se presentó voluntario. Noté que la camisa me quedaba más estrecha, el pecho se me había hinchado como el de un palomo.

Iba sentado en el autobús de regreso a casa y ya estaba deseando que mañana llegara cuanto antes. Y cuando me vi rogando a todos los santos del cielo para que a Gloria se le mejorara el talante, me reconocí a mí mismo como un gran gilipollas. Era verdad que Gloria se mostró bastante enfadada, no sabía si era por el trabajo o por un asunto personal. Pero a mí que más me daba, si yo era un exoplaneta orbitando en un sistema solar a miles de años luz del suyo. Me obsesionaba y solo había tenido una relación que se concretaba en poco más que un saludo. La parte de la razón más alejada de mi corazón sabía que no había nada entre ella y yo, solo estaba mi deseo, que viajaba por una carretera de una única dirección. Además, tampoco sabía nada de ella, bueno sí, había comprobado que yo no ocupaba un sitio especial en su vida, era el tonto que se había encontrado en el Chapandaz con un porrazo en un costado. Aquella mañana me había levantado con el ánimo de un superhéroe, y todas las grandes hazañas que me había propuesto se convirtieron horas más tarde en serrín, que recogí con la escoba y con el recogedor de la decepción. Y al mediodía pensaba otra vez que mis superpoderes estaban a máximo rendimiento, peleando para conseguir una entelequia, una utopía, una quimera. Mateo estaba en marcha otra vez, con los engaños en el cajón del olvido y con la muchacha sentada

en el mejor sillón del salón de mis pensamientos. «Estas gilipolleces a mi hermano Ernesto no le pasan». Es más, en mi barrio no conocía a ningún enamorado, aunque encontraba consuelo en suponer que alguno habría, pero que se lo callaba como lo callaría un hombre.